

EL HIJO DEL SASTRE

José Antonio Garriga Vela

La casa era una sastrería que funcionaba como un pequeño hospital. En realidad mi padre se dedicaba a realizar operaciones de cirugía estética. Llevaba siempre un montón de agujas clavadas en la muñeca y una cinta amarilla colgada del cuello como si fuera el estetoscopio de los médicos. Él cuidaba la forma y los médicos el fondo. Los clientes acudían para mejorar la imagen y al cabo de pocos días salían a la calle con el deseo cumplido. Algunos se presentaban con las ideas muy claras y otros se dejaban aconsejar. Mi padre les tomaba las medidas. Luego pasaba horas cortando cuellos, brazos y pechos con las tijeras de hierro. Finalmente cosía las distintas partes hasta formar un nuevo cuerpo. Pero cuando yo me rompí el brazo no me operaron en casa sino que me trasladaron a otro hospital mucho más grande y tenebroso. Me cosieron la muñeca con pespuntos como los que mi padre utilizaba en su pequeño taller de alta costura. Al quitarme los puntos quedó en el brazo la marca de una cremallera igual que la columna vertebral del muñeco que permanecía inmóvil en el escaparate de la tienda de ortopedia que había enfrente de casa.

La sala de operaciones estaba al final de pasillo. Era necesario atravesarlo hasta llegar al patio cubierto de claraboyas debajo de las cuales se ocultaba el quirófano de mi padre. El pasillo era un trasiego de clientes y empleados que se colaban en nuestra intimidad sin el más mínimo rubor. Mi padre deseaba que yo estudiara medicina. Me transmitió la paciencia y pulcritud de los cirujanos. Él relacionaba la sastrería con la cirugía. Decía que eran los oficios lentos de una sociedad vertiginosa. Fue por aquel entonces cuando comenzaron a proliferar las tiendas que vendían ropa confeccionada. Después aparecieron almacenes que ofrecían prendas de todas las tallas, tejidos y estilos. Unos grandes hospitales donde no cabía un alfiler. Los enfermos acudían en sus coches y los cargaban de bolsas de plástico llenas de miembros amputados que habían comprado a precio de saldo. Mi padre se jubiló y al cabo de los años yo me hice cirujano. A diario visito a los pacientes con el metro amarillo y las agujas con las que hilvano, coso y confecciono la vida.